

de sí unos resplandores y luz tan grande, que no parecía sino que el sol salía ronovado de la mar. Las heridas estaban con la sangre tan fresca como en el primer punto que se dieron.

Fué tanto más maravilloso este prodigio de tornarse á hallar el cuerpo, echado al océano, en el mismo lugar donde murió, cuanto la creciente y menguante del mar en aquella parte era más violenta, que arrebató todo tras sí como una corriente de raudal furioso.

Añade Antonio Vasconcelos, que, como si fuera vivo, perseveró el santo cuerpo asentado en un escollo, al cual, cuando crecía el mar, le rodeaban las olas, componiéndose las aguas en forma de bóveda.

Causó tanta admiración este prodigio aún entre los mismos moros, que reverenciaban al P. Alonso por santo; y el rey Geliolo, que era moro y capital enemigo de los cristianos, cuando oyó la constancia invencible con que el bienaventurado Mártir sufrió la muerte, muy espantado dijo, que no lo harían así los caciques moros, que no había entre ellos hombre semejante.

Observaron también los mismos moros, que cuantos concurren á la muerte de este siervo de Dios, todos murieron miserablemente, unos á escopetazos ó despedazados con balas de artillería; otros consumidos y abrasados vivos con fuego de S. Anton, estando cubiertos de asquerosas postillas y deshecha casi toda la piel, y con grandes ahullidos como perros, morían rabiando. El que vendió el cáliz del santo Mártir, hinchado horriblemente todos los miembros, despidió su alma del cuerpo; si bien todos estos, cuando sintieron el castigo divino sobre sí, conocieron que era por la muerte del bendito P. Alonso de Castro, y se encomendaron á él, invocándole y pidiendo su favor y ayuda.

Añaden el P. Pedro de Ribadeneira y Pedro Iarich, que no sólo los matadores, pero que sus parientes todos tuvieron semejante muerte y desastrado fin. El día y año en que fué el glorioso triunfo de este Mártir dichosísimo, no se sabe de cierto, sino que fué, ó al fin del año de 1557, ó al principio del año de 1558.

La vida del P. Alonso de Castro escriben el P. Nicolas Orlandino y P. Francisco Sachino, en la primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía*, especialmente en el libro segundo. El P. Antonio Vasconcelos, en la *Descripción de Portugal*. El P. Pedro Iarich, tomo primero de su *Thesaurus Indico*, lib. 2, cap. 30. P. Luis de Guzman en la *Historia de las misiones*, lib. 2, cap. 50. P. Ribadeneira, lib. 2, de la vida del P. Lainez, cap. 1. Hace mención de él Tomás Bósio, lib. 5. De *Signis Eccles. signo 11. La Centuria Martyrum Societatis*. Y el ilustre poeta Francisco Bencio, en el libro 3 de

su *Virgiliano Poema, De Quinque Martyribus*. Bernardo Bauhusio, libro 4, *Epigr.* le celebra con estos elegantes versos:

*Alphonsum multa violatum cuspide ferri,
Quasum verberibus, vulneribusque gravem,
Devolvunt rabidum in pontum, gens impia, Mauri,
Iratum iaceret cum sola colla mare.
Alphonsum, ut sensit pontus sua colla remisit
Coerulea, et erectae mox iacere iubae.
Quin etiam multo cingentes lumine corpus
Dorides, aequoreum littus ad usque ferunt.
At vos, ó scelera et ó nil nisi crimina, Mauri,
Vindex non claudó est poena secuta pede.
Quae poena? Ignis, lo bene? vos glacialibus undis,
Alphonsum: sed vos perdidit igne Deus.*

Otro epigrama le consagra Gerardo Montano en su *Centuria*:

*Maurorum Alphonsus tristes ut temneret iras,
Sepserat aethereo cor adamante fides.
Caeca furit, tutumque sui munimine valli
Barbaries ferro, cuspidibusque premit.
Poenarumque diu saevis bacchata procellis
Incassum, posita casside lassa sedens.
«Quando mensuram constantia nominis implet,
Iam scio quid castrum frangere possit, ait.»*

P. NIEREMBERG.

P. JUAN BEIRA

EL P. Juan Beira fué en el siglo canónigo en la Coruña. Moviése á entrar en la Compañía con un sermón del P. Estrada, que, aportando allí cuando venían de Lovaina para Portugal, predicó con su acostumbrado fervor. Se fué á pié con los doce de la Compañía que allí aportaron, dando su mula, en la que él andaba, á un Padre que venía enfermo; y en Coimbra fué recibido en la Compañía, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro. El año

siguiente de mil y quinientos y cuarenta y cinco, fué enviado á la India con los PP. Antonio Criminal y Nicolás Lanceloto, donde hizo oficio de portero en aquel colegio, y el P. Criminal de sacristan y enfermero.

Poco despues fué enviado á Comorin con el P. Criminal: mas poco despues S. Francisco Javier envió al P. Juan Beira con el P. Nicolás Nuñez á las Malucas, donde tres veces padeció naufragio, y estuvo dos dias y noches luchando con las olas en alta mar sobre una tabla, sin comer ni beber; y no fueron menores los trabajos que padeció en tierra, donde una vez fué vendido á los moros y á los bárbaros gentiles, de algunos cristianos apóstatas, que dejaron la fe de Cristo.

Otras veces perseguido de ellos, se fué huyendo á los bosques, pasando muchos dias, sin comer ni beber, escondido entre árboles.

Muchas veces vió puñales puestos á sus pechos para matarle; muchas le echaron veneno en la comida y bebida. Otras veces le libró Dios de emboscadas que le habian armado para quitarle la vida. ¡Cuántas veces por salvar almas padeció gran hambre, soles grandes y várias enfermedades, sin alivio humano, sólo con el patrocinio divino que de tantos peligros le libró, y en tanta estrechura le conservó, dejándonos ejemplo de la vida verdaderamente apostólica que tuvo!

Convirtieron en aquellas islas Malucas y en Ternate, que es la principal, mil y quinientos á la fe, y Dios los conservó del odio y persecuciones, que padecian de los moros.

En cierta ocasion caminaba el P. Juan Beira, y queriendo tomar un rato de sueño y quietud, de que tenia gran necesidad, conoció por divina inspiracion que le querian matar los que caminaban con él, y no aguardaban sino verle dormido. Levantóse y fuése para ellos, y ellos se turbaron, y preguntóles con valor de qué se turbaban sus rostros por haberle visto venir á ellos. No supieron qué responder de turbacion, porque conocieron que habia conocido con espíritu de Dios su mal ánimo, con que le guardaron respeto y no osaron á hacer su hecho; mas despues confesaron que el rey de Ternate les envió á acompañar al Padre con título de amigo de cristianos, mas les mandó le matasen cuando durmiese; pero, como viese el rey que no le habian muerto, los mandó matar á ellos porque no le obedecieron.

En todos estos trabajos el consuelo era la gran piedad de los nuevos cristianos, el amor y reverencia á los Padres, y la paciencia que tenian en las persecuciones.

Obró Dios por él algunas maravillas, entre las cuales fué muy célebre cuando en una plaga que vino de ratones en todas las sementeras de cristianos y gentiles, el P. Juan Beira, sólo con echar en los campos agua bendita,

ahuyentó á los ratones de las sementeras de los cristianos, y se fueron á la de los gentiles, los cuales se quejaron de que con tanto daño suyo hubiese librado á los cristianos sus sementeras. Mas dijéronles los cristianos: «Aquí vereis el poco poder de vuestros dioses, que no pueden lo que nuestro Dios.» Y sobre cuál Dios era más poderoso, venian á las armas; mas el P. Juan Beira compuso con su autoridad esta contienda, el cual en esta vida apostólica acabó santamente.

P. NIEREMBERG,

P PEDRO MASCAREÑAS.

ENTRE otros muchos varones apostólicos que ha tenido el Oriente y han seguido las pisadas del glorioso apóstol de la India S. Francisco Javier, uno muy señalado es el P. Pedro Mascareñas, varon de admirable celo y á quien nuestro Señor favoreció de muchas maneras, hasta coronar sus trabajos con una muerte padecida por su causa, habiéndole librado muchas veces de ella con raros milagros.

Los trabajos que padeció fueron sobre las fuerzas humanas, y las obras sobre las esperanzas.

Era portugués este grande varon; su celo y virtud le llevó á la India despues que entró en la Compañía, de donde pasó á las islas Malucas, que fueron campos muy espaciosos de su apostolado, donde convirtió innumerables almas y muchos reyes.

Pasó allá año de 1561, cuando estaban más necesitadas y sedientas de las aguas de vida y doctrina del cielo. Vino con otros cuatro de la Compañía, que llevó consigo el gobernador Enrique de Sá, con cuya venida comenzaron á respirar del miserable estado en que estaban los isleños.

Hubo en estas islas grandes mudanzas y alboroto, no sólo por el ingenio de los naturales, sino por los vicios de los extranjeros, principalmente los moros, enemigos capitales de nuestra santa fe, y, no en pequeña parte, de los cristianos, que por estar tan distantes de la India y apartados de los demas del mundo, tomaron mayor licencia; y despreciando el bien eterno de sus almas se entregaron todos á los caducos de ganancias de la tierra, y no tra-